

CELAJES DE LA NOCHE

LUIS GILBERTO CARABALLO





CELAJES DE LA NOCHE

Luis Gilberto Caraballo

Luis Gilberto Caraballo
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2022.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798422190942

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

CELAJES DE LA NOCHE

Celajes del mirar

Veo en la noche
celajes del canto de una memoria
boscosa, me persigue con los pasos.

No siempre puedo ver todo
si se alza la mirada entre la
arboleda son algunas
de las hojas las que alcanzo.

Si escucho las voces en el pasillo
del silencio.
Si encuentro un jardín en aquella
nube abandonada, quieta en lamento.
Si en el hartazgo del sueño
tropiezo.
Si en el sostenido canto de la noche
se exhala,
se exhuman las cenizas más tristes-

Si en el atardecer
se extravían los viajes de sus aves
y el canto dulce se vuelve naranja.

Si en aquel libro
le faltan páginas, como personajes extraviados en el exilio
han escapado a la intemperie,
con disipadas prisas se miran,

se buscan en el abrazo.

Si en el estante de la sala
hay esencias para escribir los platos más hondos,
y en cubiertos se toman los versos del río.

Si en las botellas de los años
quedaron los cuadros de la exposición postergada con
pinceles en llamas de óleo.

Si en la siesta
se duerme entre mareas
y escalofríos bajo la brisa y la sombra detenida en el
tiempo.

No siempre puedo ver todo
no siempre abro los ojos
solo tropiezo, solo paso,
solo estoy donde puedo alcanzar
y, aun así
es mucho lo que dejo pasar,
me pasan, aunque note las ausencias.

La báscula de la sed

Ve en la noche
la pulcritud de la boca,
cómo deletrea
hinca el iris lejano
lo insaciable.
L.G.C

Estuve hoy sentado
en el bar de la vida.
Tenía enfrente
a los fantasmas
han seguido cargando
las valijas de lo inagotable
la sed contenida.

Me tomé un whisky puro
con el aroma a historia,
en el fondo una guitarra
colgada del viento
con sus cuerdas llenas de nubes.
La partitura la traía
en la lengua,
en el paladar el viejo olmo,
y las afanosas mujeres
delineadas por Botero
pasearon con vestidos ajustados
como mujeres del tiempo.
Era la hora, cuando la luz

se abandona y los fantasmas
despiertan. En la pulitura la noche,
esperan.

Las casas llenas de cuitas
y los cafés perfuman
el vaso queda en el recuerdo
en el fondo sumergida,
la mirada intransigible parpadea
la llenura,
el vacío.

Al no tener el siguiente sorbo,
la siguiente mirada
contenida
parpadea en secuestro.

Cuánto se lleva encima
para no perder lo andado,
y no prescribir sobre un trago.
Sobre fantasmas, aún revolotean
con los conciertos,
cantan a lo inagotable
siempre
están con neblinosas
vestimenta.

La vigilia lleva al silencio,
con el paso
se va hacia
el refugio,
a buscar el abrigo en la sed,
en la inmensidad del tránsito.

El viaje de regreso

Pensé te habías extraviado,
y ahí estas de nuevo
leyendo la soledad,
el temple del tiempo.
L.G.C

Han pasado años
y de nuevo tengo al frente
la cara, el rostro.
La tez con bocadillos de soledad,
y los bolsillos rotos al adentrarse
los dedos en los atardeceres buscando lunas.

Ya no está el cielo repleto de noches
de las cuales se podían tomar de la piel
cualquier estrella,
muchas han partido,
habitaban
menguando ausentes.

El hombre esparcía la dilatada silueta
lleno iba
a la inmensidad con la noche en la espalda
disuelta por el andar.
Nadie preguntaba,
las mesas
servidas, con elegantes

anteojos, encima de los manteles poblados
se escribían con flores hermosas
y mujeres por demás aromadas.

Vienen entre la ventisca letanías
y la dulce estación presurosa.
Pasaron más de treinta años,
y son muchos los trenes.
Se han ido lejos las humaredas
con las sonrisas y la brizna
pican en la memoria.
Picotean como un carpintero
buscan
moldear los silbidos
en la tesitura de aquellos ojos
en la vuelta hacia la alumbrada
hoja,
donde caen los versos como celajes
y se amputan trazos.

Ahí están
las elegantes ramas
sobre la arboleda,
el sol camina
enganchado con la misiva
ausente de saber
adónde queda
el próximo puerto.

Las puertas estarán abiertas
a la espera de un próximo viaje.

El elegante salón

Sobre aquella torre
de exaltados ojos
miran
distráidos.
El bullicio
duerme
calla la piel aterciopelada.
L.G.C

La noche desova culpas
limusinas subidas sobre el pedestal de algún
mirador desnudan el glamur.
Cabizbajo hay un violinista, con
una sombría elegancia y el arco empinado,
en las vocales beben de las actrices
los trajes descubiertos de aromas.

Los vasos llenos de amor
del universo, campaneando el bramar
del corazón
atrapado por el silencio indecente,
el tránsito breve.

Hay en el regazo de la robusta
soledad unos ojos
buscan la noche,
indagan

al minúsculo pájaro dormido.
Ausentes cobijan las ramas
en el vespéral del sueño desnuda la tinta
con lágrimas en las palmas
plenas de quietud y asombro tiemblan
los párpados cortos, como
relámpagos embebidos en los dedos
cataratas agitan la piel oculta,
adormecida en el aliento.

La noche agiganta
la pérdida, el vértigo
edifica sobre los rostros y palabras
una nueva historia
viste al santo,
y lo devuelven en cada apartado
como postal secreta.

Ven en el semblante clemencia
en cada farol visco,
alzar
limosnas a los peatones,
y las calles
cubiertas
de milagros en los adoquines.

En la escalera se tambalea la noche
exilia las tertulias de bares y besos.
Cigarrillos
toman aire de las miradas a la intemperie,

hasta abandonarse entre la luminosidad
del vientre.

La perra se esconde
entre ladridos y aldabas
hace esquina con el farol,
mengua la diluida silueta.
Recoge la cola hasta
adivinarse mordida
por el astro alto.

Bebía con prisa

Y bebía con la prisa
de mirar los adoquines de tu abdomen
adormecido por la calentura lunar.
En la entrada aparecían dos mujeres hermosas
solicitan
con los ojos,
con la brisa en el cuello.
Pedían ver el rostro,
más allá
partían en dos la copa, dos tragos.
Siempre era vino,
con la lengua cubierta exhalan.

Bebía con la prisa de encontrar el fondo,
mordía entre mis versos
el verdor de tus ojos,
y el aliento de la noche los árboles con las ausencias
caían las hojas cubierta
de silencios sudaba entre vocales exhaustas.
Me despedí con el semblante
henchido de vino
y la voz
pausa reconciliada con la lejanía de lo inalcanzable.

Era el barco de la noche
cabizbajo de nubes sobre volando
las olas, y los ojos

vestidos.

La noche en su escote
palpita de silencios.

Suda entre vocales exhaustas.

Así, me fui perdiendo
entre ecos y sueños
entre tragos y ausencias. Tenía prisa
la espera, en la ausencia había un muro,
en el trago de tus ojos verdes.
Había un traje en el espejo
vestido de corbata
con la altura sostenida
por la memoria de haber vivido.

Bebía con la prisa
de alcanzarte en las horas
en la noche ebria de la memoria.

Aún en el rescoldo de las olas,
aún en los brazos
aún en el anhelo perdido
en los adoquines
miro el reloj
cuando los besos
dibujan
las huellas
silentes de un caminar
en el eco,
en el óbice del templo.

Celajes nocturnos

Un pedazo de tabaco
sobre la mesa con el final de la noche
en la boca.

el humo en siluetas evocativas
desaparecen como besos.

El mantel blanco dispuesto en el horizonte
cargado de melancolía y los ojos
vidriosos llenos de ebriedad,
tremolan soledad entre los dientes.

La ciudad aparca en intensas
y clandestinas canciones,
burbujeantes
copas de versos salpican los elixires de los trajes.
Las lentejuelas cantan desde la
quietud viste a los volcanes, el tráfico sigiloso.

La fogata encendida entre las manos,
aceleran
los cuerpos se entregan
miradas, apenas alcanzan el celaje de la velada.
Las voces entran como el viento
tocan los péndulos de la memoria, la nostalgia
circunda en los bajantes, por donde desagua el verbo
arrogante se desperdicia, perdido.

Las autopistas llevan los carros a los más
extremos lugares, a lo nocturno y silencioso.

Un olor a ungüento de sábila
aparean las nubes
a las estrellas, a las sílabas del alma.
Nadie vigila, es la noche danza discreta.
Los cuerpos bañados de sed
se encaminan
hacia el fin, al haber
encendido su luz.

Atenazado de voces

Atenazado a las voces,
como solo el árbol a la medianoche
oye el murmullo de la savia
entre sus ramas, el arpa
del viento sopla
sinfonía de nubes.
Las hojas desnudan a la luna verde
risueña cuelga.

Atenazado a las voces

solo queda el eco tras los ojos,

solo carcasas del día van
en caravanas retirándose
a los velorios de las flores
aroma la memoria con los recuerdos.
Las once de hoy no
será igual a las once de mañana,
será más, estarás con tus recuerdos
y ecos habitando a la noche.
Tendrás la cercanía de las ausencias
como sombras, irán desvaneciendo
el alba salva el alma transeúnte
oliendo el camino, de paso
por el olvido.

Atenazado a las voces
se oye en el malecón
Las maderas crujir, la marea
va izando olas,
moldea al barco,
peina el viaje, y
elegantes voces con los
anteojos muestran
el hilo de donde viene
el eco como un cuenco de astros
y árboles trenzados de lienzos.

Por ello

Ese día aterrizamos
con la vida anudada en la boca
y sentimos se nos iba la noche.
Era el abismo de haber tenido tanto.
Como si en un suspiro supiera que el día
había estado siempre en mi aliento.
Y que había tanto, en la luz de guitarra inadvertida.
Y recordaba las voces
se reían como sonidos alegres de pájaros,
cantando un recuento de olvidos y muertes,
vagan en los trenes de la memoria.
Como si tuviera un cementerio
de canciones hermosas esperan,
a que alguien las oyera,
como si entre tanto y tanto.
Solo quedase un vacío de laberintos coralinos,
un museo intacto, el cual se visita,
o se mira con ojos balbuceantes,
como si todo ello nos fuese ajeno
cuando alguna vez decidamos, y sí es que así lo hi-
ciéramos,
detenernos.
La tarde nos mece con el canturreo del viento,
con ese sigiloso estreñimiento de juegos y podas de
caminos.
¿Y qué era entonces lo realmente vital en nosotros?
De tanto atisbar el tiempo,

de tanto medir los pasos
y estrechar la mente,
reducir el canal del río interno
se nos pasa,
se va delineando una historia incompleta.
En ese instante fuimos
rebotados por el aterrizaje abrupto
pude presentir que había dejado de estar,
solo habíamos pasado temporadas.
Mientras ahora,
era el tiempo nos daba cuenta,
se había fugado en el celaje de la luna
y había nubes paseando con una flauta lúdica.
También hubo lluvia
y voces de amigos andan por los andenes de la vida.
Había en fin una parada,
para ver que, aunque pasamos muchas estaciones
y se nos extravió el oleaje,
el barco permanecía navegando,
tan solo eso, entre nosotros.
Ahí estamos parados frente a nosotros viéndonos,
aterrizar forzados,
con el mundo apretado en la boca
abismados en la noche,
y ahora no sé si era ver nuestro recorrido.
Por ello,
y por más,
aún vivo.

Neblina en el cuarto

La neblina arruga
el silencio,
unos ojos borran
su memoria
L.G.C

Algo se veía

era neblina
envejecía,
cuando hablaban
sus lenguas
de flautas
ondulan libélulas
en la mesa de la noche
planta
en aromas y vestimenta
de mujer solitaria.

Lleva cenizas en la memoria,

y un cigarrillo ajado por el olvido
y el silencio,
y una caricia encima del nombre,
y una calma en silueta borrosa.

Algo se veía
era una neblina
con bailarinas,
se llevan presa
la mirada
a dormitar
en el cuarto,
dónde habitan
las mujeres silenciosas.
Como las rosas
aroman en rojizos
labios calma.
Y la postura de la vida
entre tallos cicatrices,
aguda voz
en la ventisca,
al roce de los dedos
el cielo.

Lleva en el pecho la neblina
cuánto espeja
el bosque de la memoria,
y agranda
los árboles.

Se habían quedados
bajos, en la noche lluviosa
y en el silencio
olvidan raíces
alzados por los sueños.

En las nubes verdes
todo cabe
en las ramas,
hasta el más alto silabario
tiene estancia
en el cielo de los pechos niebla
tejido de labios.

CELAJES COTIDIANOS

Inhalo de todos

Inhalo de todos paisajes de los días,
de algunos
recojo lo hermoso, lo sano, lo etéreo
de otros lo frío, lo fétido, lo enfermo.
Inhalo un jazz proveniente de *New Orleans* nocturno,
el sonido inextinguible del saxo eterno.
Como un joropo,
con el andar del ganado, en ojos boscosos e incrédulos,
con la hondonada del llano
y el clamor del becerro cuando vocifera la vida.
Inhalo un tango bonaerense ebrio de Puerto Madero.
Como de una sonata de Brahms
acompañado con un *Chardonay*.
El resto,
lo regreso cargado de mis propios
pensamientos,
de incendios internos, de los miedos
de los celajes neblinosos,
de toxinas,
y de todo aquello
que no alcancé a retener en mí.

He vuelto a mí y sigo,
enhebro desde las voces,
inhalo el verdor
de la montaña del Valle de Caracas.
Anoche veía un cielo tomado de azules imprecisos

la mirada parecía
de otro tiempo,
no me pertenecía.
Éramos todos,
y solo tocaba la brisa.
Leía, acompañado de versos.
Exhalaba todo lo que tuve
adentro,
se disipaba el mar de la vida.

Inhalo de todos los paisajes de los días,
de algunos
recojo lo hermoso, lo sano, lo etéreo
de otros lo frío, lo fétido, lo enfermo.

Celajes de mí

Cuando pasa la cortina de la claridad
como aves transversales,
vuelan con miradas de ríos,
se vacían en desembocaduras.

Así, se pierde la memoria
en la hondura de aquellos parajes
retuercen los ramales recuerdos.

Allá vienen de regreso con sus alas vestidas,
cuando en la mañana
tomamos sorbos de las horas inexactas
en los olores del café.

Nos llega el cauce de ojos colmados,
miedos de poder colocarlos sin movimiento
en las miradas
cuando leemos las páginas del día.

Nos acostumbran a mover las arenas
en los ojos se encrespan
los sonidos de alguna aldea,
y volvemos sobre los sorbos,
a la indecible presencia del viaje.
Posa muy cerca toma las migajas
muestra en los ojos el silencio del tiempo.

Vamos a encender una de las ventanas
para asomarme encima de aquella silueta,

se parece a mí,
quizás son los ojos de las aves,
quizás sea el olor del café,
quizás sea la memoria
toca suavemente la ventana
con el aroma a viaje.

Celajes de un encuentro

Y no me olvido de ti
y tú te olvidarás de mí?
Cambiarás mi pasado antes que pase otra vez
por tu corazón?
Cuando...
L.G. C

Ahí esta
el hombre distraído por la luz
en los ojos,
cobijado en sueños.
Una brisa
traspasa las hendiduras de la voz
antes de tomar el acostumbrado café,
y entregar el saludo
le sacuden sus vocales.
Yacen
como puestas al sol en el tendedero del alba
y este a la espera,
mientras seca
con la claridad la mañana de un mes incierto
el tiempo pasa desprevenido
esquivo, imbuido en los cuerpos
las refriegas de las noches en el tren
no olvidan
la desarman los pasos.
Es poco, a veces,
es mucho en el arco del iris

cavila la memoria, le canta
al arrendajo en las ramas de un pasado
distráido van llegando a las colas
para tomar la vía.

La silueta anda, murmulla
empujada por la marea se va
hacia el silencio,
hacia el túnel,
hacia la mitad del ser.
Distráido por la luz
en los ojos
habitado de pájaros y lluvia,
aún en las nubes
aún en la sed de estar.

Celajes del trinar

Si tus ojos oyeran el cantar del pajarillo.
Si tus ojos tuvieran oídos,
si reconocieran al *sol*
con la misma dulzura que un *mi*
con la textura de un *re*.

Si vieran el alma de un *si*,
si contuvieran al amor entre un *la*.
Si remarán por el mar,
con solo ver
con solo estar en la noche oliendo a libertad,
atados en un *fa* al nacer.

Y cómo no dejar entrar a la luna
por ese portal,
convenciera
al plexo
desanude su caudal.
Su diástole
su sístole, su diatriba de amor.
De bogar en las alturas
de una cresta del pentagrama,
y volar como un pajarillo
de iluminadas
palabras, por los ojos del mirar.

Si contuviera un *doremifa*

si dormitara en tu sueño.
Si anidará en la plaza
por donde camina
la fe, por donde se asiste a la esperanza
por donde nace el sol
por donde enlazamos
la voz.

Y cómo quisiera cantarle
con los ojos
a la noche
al sueño, al claroscuro
de un atardecer.
Al alba de un amanecer
al despertar de un grito por
la esperanza del hombre,
por el vivir
y soñar.
Y tocar tus manos con un *la*
con solo mirar,
y alzar nuestro cuerpo
en vuelo,
hasta silenciar
al miedo.
Y que muera el silencio,
el lamento
y que anide el desnudar
al sueño en libertad.

Celajes rebosados

Se rebosa el tiempo
de harapos y sueños
la barca bosteza sobre
las aguas el celaje del atardecer prendido.

Tan solo el estornudo de los árboles
alborota el canto de la brisa,
y el girasol en la pupila
ve amarillas aspas
recorrer el aliento de las horas cuando
por las venas vaga en zozobra.

Se inunda el tiempo
entre insomnios,
queda la vigilia
entreabiertas las heridas,
como cíclopes
miran el hartazgo en el horizonte
se pierde hundido en sueños.

Se rebosa el tiempo en lejanías
citas y el trajinar del día,
elegantes azucenas
cuelgan la memoria
con los labios miran el reloj inexacto.
Se rebosa el tiempo
de risas, pasajes entre nubes

coloreadas de algodones.
La cigarra entra en el lodazal
a dar el recorrido en el circo ancho
pasea como un tren silbante.

Se rebosa el tiempo
y la ciudad se va achicando,
como el cielo cede
luz, el atardecer prendido
de miedos y susurros descorre
deja ver la intemperie de las horas
el celaje de la memoria perdido en nieblas.

Se rebosa el tiempo
y las máscaras se agotan
se van en neblinas
muestran alaridos
de pasillos en los ojos,
el grifo gotea sobre la espina
y la sed desnuda sacude.

Se rebosa el tiempo
y los techos secos
resquebrajan a la noche
Los trajes sobre la cama
duermen con historias
en las solapas y las jirafas del parque beben
estrellas.
Mientras las páginas se hinchan
y el carrusel gira con agujas incrédulas
la noche tardía en la mesa.

Celajes de exilio

Creí haberme escapado,
ahora oigo
tu murmullo de brisa seca
y campanas huecas.

Entras desnudo
con tu lengua húmeda
y en tu lomo el cielo y
las nubes, y la dulzura de tus
aguas.

Creí haberme escapado
y ahora despiertas y
abres ventanas.
Traes las estrellas en el alba
con distancias y celosías.

La lengua tiene aroma a
metáforas,
tiene ánforas del mundo
y en los bolsillos de arenas has roto
el silencio del castillo.

El letargo en ayunas huye
hacia las laderas embestido.
Creí haberme escapado
de tus canciones

y guitarras,
y solo había estado
soñando estar sin ti.
Y me miró en tus aguas
y recojo la silueta del baile
de las noches y amaneceres.
Y me despiertas con tu traje
de viajes.

Vienes a mi lado con tu brisa
vienes con tu mirada inquieta.
Y en ella la música desanda
lleva su porta monedas
en el espejo de la ventana.

Se ven venir los mosaicos y versos
simiente tarde con arrogante naranjas
he imbuida jaula atrapa el vuelo.
La noche y la garganta grita
con el murmullo desliza versos desnuda.
Creí haberme escapado y estoy tan cerca lleno de ti.
Y ahora qué

De aquella noche poesía

Tan solo son tus voces
son tus barcos y velas
tan solo es el mar
y su postigo venido a mí.
L.G.C

Si hubiese podido posponer el estar contigo
con esos delgados labios, brasas con aromas a vino,
y la embriaguez asomada en la tez.
Recibir tus siluetas, las bailarinas como lloviznas
encandilan el ático en los ojos.

Si apenas
hubiese contenido esa relampagueante otredad
con el mirar
henchido de altamar.

Si hubieses entrado desnuda
a la ventana por donde pasas
con tu brisa helada o con aquel fogón
duele,
duerme en el vaivén de la aldea
caldea el espinazo.

A veces miro aquel,
el que estuvo
sobre esta piel,

y nada más toca las asperezas de la tempestad
mira la luna esmerilada, dulce
en la orilla húmeda se confiesa.

Y paso las manos suaves sobre las bisagras, y la
puerta no abre,
tan solo es una playa alejada,
bosteza y solo se oyen,
sus olas- versos
como barcos dibujándose
solitarios, ebrios.

Si apenas,
hubiese contenido
relampagueante otredad frente a las hogueras,
las briznas en las hojas
heredadas, notas
de alguien en su quietud y
el cavilar desenfrenado
intenta sujetarse a una estrella
a esa luna o al río bebiendo
con él, mira el atardecer
en el regazo aromado.

Quizás hubiese querido,
cuando ya estabas en mí.

Celajes del amanecer

En el dintel de los años
se oye una sonata
entre hebras, y silencios.
En el bosque de la memoria
anidan fantasmas,
amores, desencuentros náufragos.
Un boceto
el amanecer
coloca sobre las sábanas celajes blancos
relámpagos
apenas tocan la piel.

Una sonata duerme y despierta
en el tiempo
se hace corto,
solo oigo el vuelo
de los pájaros
trinan hacia el verdor
en vuelo sus alas,
las oigo en el pasadizo
alumbran.
La comida en la mesa
y el cuerpo
semidesnudo se levanta
a andar el día.
Se oye claro, la sombra cuando
pasa de espalda asusta

busca mirar.

En el lavamanos aún

el sueño gira con

las siluetas se oye el quejido de los árboles

una bendición

recibir el amanecer en pausas sacras.

Celajes del silencio

Hay veces que miro
al silencio y busco
alguna puerta, y busco en el aire
en la brisa anida en mi piel.
Busco en la lluvia, en las gotas y en el columpiar
alguna llave.
Miro el celaje,
otra vez al silencio dormita.

Me paro adentro e intento
abrir su ventanal
muevo el cristal,
busco en el atardecer
en la noche con su calma,
y las suaves cobijas
y el olor del infinito en las venas.

Me paro en el plenario del eco
y solo oigo una marejada de pájaros, cómo
murmullos caen cascadas trasegadas
con alas mudas traen el viaje en
el costado el alba,
el arenal toca el rocío.

Hay veces que miro
al silencio e intento
sentarme frente al espejo

a aquietar la noche duerme
desnuda y descubro en la espesura sombras.
Hay botes navegan aún
miran el horizonte,
y ahora no consigo,
sino mar y brisa
nube y silencio
y la cara del tiempo campaneaa.

Hay veces que miro al silencio
busco en el ojal
la memoria del árbol.
Plantado se agita
entre las ramas,
el eco se viste
con el verdor y las
mujeres risueñas bailan en las sombras
con pentagramas de rosas,
los pechos traen nubes donde llueve
caen perfumes y amores.

Hay veces que miro al silencio
sus cuerpos,
busco las voces que se han ido
al amanecer el celaje de los ecos
con el horizonte se han llevado los botes,
y se ven en el arenal, el esquivo recuerdo
la trenza
el paso de la luna
con el rubor de los labios.

Celajes del silencio II

Hay veces que miro al silencio
y descubro que lleva barrios enteros
con los gritos incendian
las nubes,
pasan y buscan apagar
el dolor de la piel.
Tiene celajes en los rieles
y tranvías.
Vagones repletos
de maletas parten
atiborradas de sueños
muerde el pisar sepultó.
Allá van hacia la noche
excelsa, cuánto lleva auestas
los techos ebrios y
jeringas llenas de estrellas.
Cantan en los ojos
con alas mudan
la noche, como la brisa
enhebra los retazos del sueño.

Hay veces que miro al silencio,
y sé que tiene guarderías
donde se oyen las risas de los niños,
se escucha al pájaro secreto del jardín
bailan los fantasmas y se oyen
voces en los muros

adónde rechina el grillo.
Los niños sirven la mesa
llena de juegos
y de altas miradas.
En los pájaros saltan
serpentinatas, y la noche
trae al mago que pone
sobre la mesa
su capa de sueños.

Hay veces que miro al silencio
en su río me veo ir
hacia lo profundo
e intento ir hacia él,
y apenas logró
entrever a lo lejos,
el sudario donde se pierde
en la montaña.
Cuando alcanzo a tocar mi piel
llena de ecos ajenos
y lugares. Aún extraño
verte ir hacia lo profundo,
aún me haces falta
y te busco en la mirada lejana
de la noche
y apenas tocó
mi piel.

Hay veces que miro al silencio
a ver si estoy en él

Celajes de lejanía

Duele pintar la lejanía
con el velamen
tejido de acertijos buscan
en tus ojos de silueta inconclusa
la mancha, el celaje
la última pincelada de tu voz.

La sombra y las pisadas en el bosque
temblores escogidos recogen la memoria.
Aún tu piel transpira encuentros y sueños
se abren los cofres, pero solo
tu voz llega pulsa la brisa.

Mece
el horizonte poblado de nieblas
tantea y como un zafiro el faro
parpadea en sigilo.

Y es
tu voz amalgamas de noches,
y es tu piel
de brasas el abrigo,
y es el espejo
cuando tomo prestado,
cuando calca la lejanía la bruma, el celaje
el pincel dibuja distancias.

Duele pintar desde aquellas sombras
donde se roban el sueño,

y los trazos resuenan
con tacones las bailarinas muestran
con elegancia, se agota
la noche entre besos
se levantan flores y aromas siembran.
El anhelo resiste con su proa aviesa
toma notas
entre ecos las maderas
rompen fuentes y se derrama.

Cansado con el sombrero agitado
de estrellas, con la noche hendida
en el cuello baja
al río enlunado,
siembra de amor.

Duele pintar la lejanía entre los ventanales
se cuela la nostalgia aroma
sus viajes y las puertas entreabiertas a la noche.
Duerme
la piel dejada,
la habita el pájaro, celajes
desnudos cantan en la copa lejana.

Celajes aromados

Los rostros
nos miraron con geranios
en los ojos de aromas amarillos,
se escudaron en las miradas prófugas
en los olores iban al cielo
a perfumar la lejanía.

Nos miraron a lo lejos
con las promesas circundan misterios.
Más tarde llegarían con hilos
derramados y manchas largas, espejan
floreros celestiales, y
los botones nubosos calcan
con largos vestidos para el baile de la noche suntuosa,
peinados lujosos asoman
aromas en lenguas tejidas de silencios.

Así caía la tarde
mengua con su habano
sostenido de sueños.
Para ser fumado en los insomnios
y fiestas con labios
de nostalgias y besos pulcros,
en el horizonte atenúa el vórtice
de una ciudad incrustada
en el viaje indetenible y boscoso
de pájaros y sabores,

de jaulas y acertijos.
Por ahí entraban ajadas
las siluetas de las mujeres
se iban alisando con la noche ebria
y relámpagos servidos
en el cuerpo de la pulcra cúspide del anhelo.

Los rostros nos miraron
con olores de geranios
y la lejanía en los trajes.
En la liturgia de las caricias
espejadas de copas nubosas
y catedrales aparcadas en los labios sumidos
de la noche y el festín de
encontrarnos en las cercanías de las puertas.
Es la hora de asistir tomado
en medio de la mar se navega
con la noche hacia el rapto.

Los rostros nos miraron en la memoria
nos miraron en lejanía,
nos habitan
con las jaulas aromadas de geranios.

CELAJES DEL TIEMPO

Celajes del tiempo I

De dónde vienes
mula verde si traes
los pergaminos de Ramsés
sobre el lomo,
se ve a Guiza
esculpida
rota en su perfección.

Se siente al Nilo
en sus ojos barcas
se vacían como hilos
se hunden en la lejanía
olorosas aceites e inciensos.

Trajo la tarde encofrado
al tiempo.
Hay urgencias
saben esperar
desnudas,
cuando llegan hieren.
Y no sabemos cuán grande
será la cicatriz.
Hay urgencias escritas
en pergaminos historias,
hay deudas imparables
buscan salir del vientre.
En lo ojos de Guiza

hay llamas
enamoradas del viento
solo pasa ebrio y desnudo
busca el mar, busca
los sarcófagos del oleaje.

Nefartitis tiene sed
preguntas sin respuestas
para dar al tiempo
para darlos ni siquiera al Nilo.

Mientras, la mula verde
viaja mansamente
con las orejas embebidas
de azul
trepidan el oleaje de la brisa.
Se borran las barcas
se las llevan, van como
polvo sobre el *Sahara*.
Se elevan al vértice de *Keops*
la tinta cae derrama en la catarata
del *Nilo* se escuchan, cae con
la noche. Se han ido
solo nos quedan sus aromas
huellas, templos.
Y nadie sabe,
si aún en aquella mirada
si aún en la letanía del mirar
de la mula
si en los faros,

si aún en los versos
sobreviven las noches
los pactos,
no sabemos si el viento
trae las cuerdas
entre vocales el canto
solo se sienten
en las aguas
la mirada salta mas allá
del aliento.

La mula verde trae al *Nilo*
en el lomo
se hunde en las aguas
mansamente con
la noche.

Celajes del tiempo II

De dónde vienes
con tus columpios
y ese atardecer en el cielo de tu voz
como si tuvieras un rebaño
caminando,
un campanario
al jorobado guindado de él.

Naciste con patas desiguales
el horizonte apenas
quedo ondulado
por el trote del viento,
del andar suelta
hipnotizada del verdor.

El asombro dejó un hipo
incrustado en el ombligo,
mansa, en la sed última
hay un nudo,
lento se sube hasta ti.
Mula verde,
de dónde vienes
entre hierbas y retamas,
con la mirada salpicada
de nubes y azules,
con la sed de ir hacia
el mundo.

Sin rumbo,
sin límite,
y adónde ir al regreso.
Cuando no existe prisa,
el pastizal igual duermes
en el clamor de la hondonada
en el soliloquio de las aves
intentan hablarte las estrellas.

Igual duermes subida
a las laderas
peinada por el eco.

Igual vas de regreso
sin memoria
mordida en los cascos
por la noche,
indagada en la intemperie.
Igual subes
la marea y rebozas
con tu afán terco.

¿De dónde vienes?
Como el mar llegas y
ahí estas,
con la lengua jadeas
en el arenal de la vida sedienta.

Celajes del tiempo III

Una bisagra del animal
una bisagra como animal y
el animal espiritual convertido
por un soplo eternidad
anclado a las aguas marinas
ungido de lenguas dulces
del río
y de la placenta del mar.

Convertido por el altar
el fagot dulce deletreando
las vísceras primitivas
cincelan las cavernas memoriales
bisontes elegidos con ojos bizarros.

La mula verde
se mece en la marea mansa
detenida
por alguaciles la miran fijo
en el origen
persuadida
en la piel
palpitan guitarras
desde las lejanías
los astros lamentan
en las patas los girasoles
plantan la redondez

las huellas del viento cantan.

El tiempo pasa adusto con aldabas
como si aún cobraran,
aún se oyen
olas suaves en la boca.
Aún faltan
noches con las cargas.
Aún hay brasas
llaman al desierto
a la aridez
rota en los ojos.
Aún los reos de sí mismos levantan
la voz,
erigen los muros del exilio.

Aún en la intemperie la lluvia
cae sorda y borra las memorias,
las horas pasan y el acordeón
se lo lleva todo consigo.

Aún en el bosque tus ojos
mula verde prenden
como navíos gritan callados
llevan la garganta con sed y quietud.
Va mansamente sobre sí misma
sobre la sombra
cae con el amanecer de pie.

La mula verde sueña con la marea

le murmura el día y la noche,
y el bosque le mira
el dorso espejado de lagunas y cigarras
de quietud y esperanza.

Celajes del tiempo IV

Presuntuosa la mula verde
baja a la orilla
del río,
bajan baldosas marinas,
en el caudal
un cementerio plata levanta amores.

Espejos de la montaña
como lenguas poseídas
por los demonios
llenos de dulzura
brotan.

Traen sueños y magia
brotan cuerpos
de las calderas
vapores,
se avistan velas
se oyen voces
remán desnudas.

Los camarotes
despiertan
santiguados en la noche
murmuran
faroles encienden en proa.
Llegados
a la desembocadura

solo se siente
la brisa en el horizonte.

La marea verde toca el piano
del río
sigilosamente
labios de luna
posan
recuerda a la copula
en las aguas.

Las distancias se deshacen
en los ojos se venden
carreteras, caminos
hacia la memoria.
Y no sabemos si
hablan sumerio
y no sabemos de nosotros.
Muu Laaa, Muu laaa
solo existimos
bajo el hermoso cielo
templado
canta
desde la lejanía.

Cae en la mirada de la
mula verde,
ensimismada
baja a beber los astros.

Celajes del tiempo V

Quién te trajo por estos
parajes tan mansa.

Quién ha nacido en tu vientre
en la excelsa escalera sideral.

Quién te encuentra
en los pastizales,
sino la mansedumbre de tu andar.

Aquieta la brisa en el costado
busca el olvido
en uno de los bolsillos de la memoria.

L.G.C

La mula verde detenida
en la alcabala revisan
muelles, auscultan huellas
debajo de la lengua llena de sed y amor.
Gritaban los guardias,
aquí no existen fantasmas,
es un muro limpio crecido
por el mar.

Quién ha parido el ejemplar,
sino es el día en la boca ancha
en la plenitud crepuscular.
Las alforjas copadas de flores

y aromas, en la crin quedo la brisa
perdida en el hondo sueño
en el hondo mar
sus ojos se aparean con los cofres
del miedo.

No es suficiente escuchar
el paso manso venir
sigiloso,
las olas caen con la tarde
se borran los mapas
en las orillas. Ahora
en la oscurana se interpelará
a quién le venderán los límites
de los labios,
la mula verde con el semblante parco
pasea la risa.

En las altas murallas se estrellan,
buscan escapar estremecidas.
Quién te trajo tan mansa
habitas en el pasar lento
y desnudo,
el reloj
cuelga en tus ojos, tic-tac.
Las estrellas alumbran
el profundo iris tiene
dientes sedientos bailando
el silencio.

Celajes del tiempo VI

Qué otra marea,
la del silencio y la sien
adolorida de truenos
mordida por chubascos.

La mula verde se ciñe
a los faros míticos en altamar.

L.G.C

La mula verde sueña
por los prados olivas
ensilla mansamente la melodía
de la tierra
en el lomo canta.

Desmonta
la premura de
los cigarrales en las colinas altivas.
Se cobija bajo el frondoso cedro
con timidez suelta embriaga
tesitura del hombre y anclas.
Patea la inconformidad
soberbia ríe de pie con el pecho
parece una catedral de monjes
antiguos oran en claustro.

La mula verde pregona
tibieza de olas,

marea calma
la noche recuerda borrascas.
Late en el cuello la garganta
tiene el manantial los ojos
como cascadas el trote de árboles
esquirlas carga.

La mula verde se recuesta de la risa
del niño, baila con sus ojos
vivos alegres la noche suspira zarandas.
En la albura se coloca pañales
la silueta parca se amamanta
la liturgia lejana oye al campanario,
y el día abre las horas
en el camino hay flores despiertas
mujeres descalzas aroman los rezos,
las palomas llegan con los picos
llenos de brisa.

Y qué pensar
con tus ojos briosos y tiernos.
Y qué la marea verde
sobre tu cuerpo
coquetea llena de flores vistosas.

Y qué pensar
cuando llegas exhausta

Y qué con el corazón ensancha
en el verdor

las barcas invocan.
El prado duerme ora
en la noche.

Celajes del tiempo VII

Más allá aparece
con tu postura
y mirar callado,
el hipo entre en las vísceras
el andar elevado de las nubes
sostienen la marea verde de la piel.
L.G.C

La mula verde vino con la tarde
sembrada de navíos y plegarias,
llegó con el lomo torcido de los viajes,
la carga trajo crepúsculos y
a una dama asomada
con sus aguantes de seda
acomodada por la vista alta
enarbolan las pendientes como
aros de gimnastas y turquesas resonantes
en los ojos
carga acrobacias.

En las manos tupidas por el hilar
con las ruecas mansas han tejido
una manta larga
para la mula desnuda y deshabitada.
Donde caben los sembradíos y
las playas trenzadas de esmeraldas
con las palmeras vitorean.
La mula verde cabe por el sendero

y solo le pasa cuando
anda terca y flaca.
Hila suntuosidad vacua
y los tendederos repletos
de largas conversas,
chorrean las ropas
para la noche sacra.

Hay un resplandor raro
como celajes, y es la insistencia
alguien la sigue con deudas,
será el olvido de los lánguidos ojos,
será el resabio de la postura tozuda.
Serán los tropos embebidos
por el tornasol en la piel
tatuaje de la desembocadura en los dientes.
Cuando colorea el ramaje de la montaña
cae con las sombras
en el esqueleto sediento del camino
en la larga y perfumada estancia,
en la letanía acopada.
Claros tardes se avizoran bailan
en la mecedora del pastizal.

La mula verde vino,
con la lengua cargada de noches,
con las orejas llenas de viajes,
repleta de ansias y ausencias
en el andar parsimonioso,
en el devenir del paisaje azaroso,

se ven ballenas en el altar
la noche resuena,
se oyen en el espinazo
los relámpagos apagándose
con el zumbido de la noche.

Celajes del tiempo VIII

Termine sobre primitivas posturas
recogiendo de las nubes rotas
al cuerpo sediento.
L.G.C

Voy con la mula verde
a visitar el paraje
de los García tienen
en la entrada a un señor
empuña el cejo con
esmero y troca las palabras.
Se le aparean fantasmas en la
garganta y se confiesa con miedo
ante los ojos orbitan nubarrones blancos, como cis-
nes
deslizan
la brisa entre las mejillas palabras certeras.

Mientras revisan entre las manos
la tarde tendida de espasmos escoge
en el bosque, guardan en las sábanas
del amanecer la ternura de los ojos olisca el anhelo
desierto.
Aviesos como si estuvieran en dos mundos
con patas lánguidas bosteza en la mansedumbre
del portal. Alguien le toca a la mula verde con voz
señorial,
el ventanal del ojo le abre el recibo

del vespéral y una tina azulada pinta
la tarde colgada de ginebras, nubes novicias
intentan escapar del convento
con el crucifijo esmaltado por el
sosiego de la lluvia y el perdón agitado.

La mula verde canta con la guitarra en la brisa
baladas y la tarde con elegante
sillón de amapolas y naranjales en el horizonte
silba en los oídos laxitud.
Se escuchan los primeros rayos
de la noche con la voz ceniza
empalma la vía del pedregal enlutado de cigarrones
y de alzados comensales en las ramas altas oran.

La mula verde con el remanso en la lengua
y ojos agoreros tiene en la lánquida
tarde el sepulcro de las ausentes pisadas.
Escoge entre los astros preferidos el aroma
del canto en el aliento, y la marea lenta y taciturna
preña el olfato mustio del andar.

La mula verde llegó a los ojos
de los García mirando el lodazal, el hospital
lo que va quedando sobre las camas blancas
almidonadas por los amaneceres, abrigada de
escombros.
Y la música hundida en los morteros
aún aspiran humos, cómo hojas secas
desaparecen, abonan

la memoria.

La mula verde parsimoniosa mira
entre recovecos la silente
insinuación de ir de prisa.

Despegada del sueño
a trastienda de tropezar nuevamente
con el eco de la premura.

Viene lentamente con la hoguera entre
las patas asando el tiempo prendido de versos.

Celajes del tiempo IX

Aún respiras
aún amanece sobre tu piel
aún hay cielo
aún vamos lentamente sujetando el mundo
L.G.C

Esa mula verde de mirar lánguido
de pies plumizos
de andar parsimonioso
con la sed
de llegar con la carga
y volver al arenal
con el penacho
lleno de algas
y la ensoñación detenida.

Por un puñado de faroles
azarosos en las laderas desiertas,
abiertas al cielo, se advierten
los silencios de un incendio
y las cenizas se alistan
con un traje melancólico
tupido de grises, atapuzado
de briznas y espera
la mula verde viene con un escaparate
en el lomo y
las amarras sueltas
duermen colgadas

de su sombra,
por dondequiera alguien
quiere abrirle su blusa
y tomarla por las bridas del sueño.

Una extraña danza la invita
por las mañanas
y los peñascos esquivos
en los ojos, como
rocas adeudan
vitorean las nubes,
y la sequía entre ademanes
socava mansa el baile.

La mula verde
carga ramos de encinas
ramajes de cipreses y
una corona mustia alargada
carga en su mirada espinas.

Va tambaleando el rabo
como una serpentina lleva el olfato hendido de miedo
me lleva con su pasar
de plegarias
con el humo vestido de templo
a levantar el sueño.

La mula verde intenta dármelo
en la silueta del abultado

cuerpo dar el conteo
de las horas.
Lleva varios
cuerpos y hogueras en la lenta
fiesta duerme despierta
anda trasiega y casta
errante y certera.

La mula verde
me lleva en el lomo
en la apuesta, los bares han cerrado.
Y esta anda con parsimonia
canta con ojos vivos
celebra el silencio,
y de vez en cuando,
hace paradas.

En el lomo verde
se presiente
la noche, se cabalga la
angustia y se carga el soplo
del camino, se anda con la sombra
del sueño.

Un día

Un día nos hicieron niños
nos trajeron desnudos al mundo, limpios.
Un día nos hicimos púberes y perdimos inocencia,
cometimos equivocaciones.
Un día nos hicimos adultos, cuando ya teníamos herido
el corazón y nos faltaba
el sueño.
Un día nos haremos viejos y regresaremos dibujando
en nuestra cara el mapa
de un viaje épico con el cual se delinea la última
memoria.
Un día no estaremos tendremos una cama blanca vacía
en nuestro espejo.
con olor a minutos hermosos, una bata o traje colgado
con perfume
y la corbata de una ceremonia.
Qué niños con los ojos de faros fuimos.
Que púberes nobles y dulces éramos.
Qué adultos viendo el tiempo entre nosotros caer, los
árboles deshojarse.
Cuánto hemos desecho.
Qué viejos somos viviendo niños, que niños viviendo
viejos.

Un día nos hicieron cívicos moldes doblgando el pulso
de esos púberes.
Un día nos hicimos pueblo, bajo la mirada de la noche

incompleta.

Un día construimos ciudades, y andábamos en un afán indetenible

Un día nos hicieron país, y conocimos, amanecimos con fronteras frente a los ojos.

Un día nos tomaron y nos convirtieron en países lejanos.

Qué país

hace cuánto tiempo ya se fue de nosotros?

Un día estaremos viendo desde la luna nuestro cielo y no sabremos del río, de

la flor, de nuestra ausencia.

Un día mataron a un niño, era un soldado inocente.

Un día mataron a un sueño, nos sembraron distancias.

Un día acabaron el pan, y nos dieron opio.

Un día se nos ha ido el día.

Y ahora nos queda el amor sin luz, sólo la luna y estrellas iluminando con temblor.

Y con eso nos basta.

Un día nacimos pobres, éramos felices tocando la guitarra en alguna alameda, mirando el tiempo detenido.

Un día nos hicimos ricos, y manó el oro de nuestros suelos, parecía que teníamos un nuevo Dios.

Un día nos dimos a conocer, aprendimos que no estábamos solos.

Un día estábamos con suficientes cargas, adulaciones y compromisos
y nos faltó el tiempo, el alma que pusiera orden en el sueño.

Un día no éramos nosotros así continuamos, buscando,
exhaustos, ajenos
Un día toco el trueno y hubo luz resquebrajada en el
cielo, se vaciaron las noches de canciones.
Un día nos tropezaremos con el muro del tiempo y
habrá vacíos, nostalgias.
Un día subiremos hasta las esquinas del mar buscando
el infinito.
Un día bajará la lluvia desde las nubes y limpiará con
dulzura trenzada.
Un día como hoy nos volvemos acercar a lo que fuimos
en un inicio.
A la noche donde el viento tiene nuestro pulso y nos
parecemos más a los
árboles en sus semblantes, a los nódulos de los
troncos, tienen en su fachada
nuestros gestos, en sus pies nuestras raíces.
Un día nos volvemos a mirar en lo más cerca y que
extraños somos.
Un día volveremos a la noche, diluidos en el silencio.
Un día que no termina y aún hay fuerzas para
proseguir.

Un canto al mar

Si hay algo que vos tenéis
puedes traspasar las rejas
de las miradas,
sin importar quien
miré en tu mansedumbre.

Puedes ir y volver
con tus sueños,
así te miro como un sueño
elevado y cuánto hace falta
para hacerlo piel,
para hacerlo hablar por
nosotros,
para que monte bicicleta,
y miré
como cuando jugaba.

Trepar a los
árboles y se va lejos
y regresa con su voz hecha
sales
y regresa con la lluvia.

Regresa cuando se mira
por la ventana,
y entra la brisa del oleaje
el alma toma sol desnuda.

Ahí en ese rincón
llegas con tu
pausada noche, encendida con tu amor
y celajes profundos
oliscas.

Vas encontrando en los celajes huellas,
te llevas
pañuelos,
anteojos, libros
y versos.

Las hojas de las recetas
el canto triste y el canto
jondo.

Los llevas en tu guitarra
mansa,
te vas hacia otra playa
con la serenata adherida a la piel.

Si algunas veces,
habrás oído al reloj de la abuela,
habrás recogido
en tus bolsillos el lugar
perdido.

Te vas dejando limpio
al andar,
quizás no vuelvas,
quizás te vea mañana subida
al estrado tocando rock.

Quizás te reconozca en la
estrella que insinúa

con mirada secreta en lejanía.
Quizás vuelvas en el sueño
mansa
con tu lengua atisbada de lunas.
Mordida por el burdel del mar
y el fogón del naufragio
y los antojos tibios del amanecer.

Quizás
nos volvamos a encontrar
en un vaso de agua,
en el celaje de la mañana,
mirándonos
con la marea certera de la brisa
y podamos poblar de cuentos.

Quizás me esperes
en el próximo tren
en un beso o frente a una copa
llena de árboles y nubes,
ahí estaremos tomados del viaje.

Celajes del olvido

Me encontré en el fondo
con algo inusual, el sonido
intacto revestido de tiempo,
alumbrado por la historia
con rostro prudente
y certera mirada.
Espera ser escuchado
con las manecillas
de arcilla.

Cargaba a una muñeca,
a una esfinge entre sus notas
detenidas por el Nilo
y sus aguas fluorescentes bebían
el *souls* de la noche.

Tenía un traje de jazz
en la costura y entre el humo,
apenas el eco en la vitrina
la lengua cataba
la distancia.

Apenas intentaba derribar
letras,
apenas tomar la música.
Más aún en aquella vendimia,
el grifo tenía sueños, celajes

había una bailadora
dormida en el centro del pecho
acurrucada al infinito de la memoria.

Atrás, dejamos médanos, ciénagas incompletas
en medio de sueños,
el río seca.

La voz y espantos en jaulas
se guardan en curiaras
los lleva hasta
los arenales con ojos bizcos.

Las estrellas deambulan con la muerte
y la ciudad se hunde
en el ocre del silencio luctuoso, la memoria.

En el polvo se levanta la tempestad
se hicieron las torres del sueño
adónde reposar la ebriedad del extravío.

En medio paseaba
una luciérnaga borracha
ilumina el santo cielo.
Con la voz en el cofre lame
y las manos en llamas
prendidas moldea el carácter del verbo.

La absoluta mudez en la cintura
rebanada ante la noche, ante
la música las mujeres

alumbran los ojos las cuítas
en esmeralda el río sigue la sed
bebiendo.

Los faroles cuelgan de las estatuas
atravesados por la dentera impoluta,
silban armónicas en la cúspide.

Se polvorean
las mejillas enlunadas.

Atrás dejamos el olfato
el olvido y nos traemos
al cielo en los ojos
nos pica la noche en las muescas de las angustias.
En la mecedora el frío pasa,
como una borrasca. Cose
en su gentil linterna, la boca
toma entre sus dientes la bandolina
reposa con el oleaje de la calle.

Atrás dejamos el alba, se quedaron nuestros
antepasados, se fueron yendo hacia
la piel como la hebra busca el ojal
en la noche,
como tus ojos se exilian en la memoria
y tus manos tocan la sed de encontrarnos siempre.

Contenido

Celajes del mirar	7
La báscula de la sed	9
El viaje de regreso	11
El elegante salón	13
Bebía con prisa	17
Celajes nocturnos	19
Atenazado de voces	21
Por ello	23
Neblina en el cuarto	25
Inhalo de todos	31
Celajes de mí	33
Celajes de un encuentro	35
Celajes del trinar	37
Celajes rebosados	39
Celajes de exilio	41
De aquella noche poesía	43
Celajes del amanecer	45
Celajes del silencio	47
Celajes del silencio II	49
Celajes de lejanía	51
Celajes aromados	53
Celajes del tiempo I	57
Celajes del tiempo II	61
Celajes del tiempo III	63
Celajes del tiempo IV	67
Celajes del tiempo V	69
Celajes del tiempo VI	71
Celajes del tiempo VII	75
Celajes del tiempo VIII	79
Celajes del tiempo IX	83
Un día	87
Un canto al mar	91
Celajes del olvido	95

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 23 días del mes de febrero de 2022, el mismo día del año 1955 en que nace el músico zuliano Alberto Moreno.